
¡PAZ!

A NOCHE saboreaba yo, como acostumbro, ántes de dormirme, la elocuencia presidencial; y leía por tercera vez aquellas sábias palabras: “La ruptura de la paz y el orden constitucional, vendria á ser la muerte de toda esperanza para el país. . .” Al pronunciarse este discurso de clausura, desde D. Benito hasta el último de los concurrentes no pensaban sino en la guerra; pero D. Benito amagaba reprimir toda apelacion á las armas que le quitase el monopolio de revolucionario; yo he sido el único que de buena fe ha suspirado desde entónces por la paz.

¡Divina paz! No te dejes violar, como teme Juárez, ni sacudas tus alas de azul y oro para alejarte de mi patria. Tú amamantas en tu seno todas nuestras esperanzas. Mientras tú nos sonrias, no volverán las leyes de estado de sitio, ni se repetirán los asesinatos á la bayoneta que han ensangrentado las aguas del Pánuco, ni se perderán doscientos mil pesos en el Ministerio de la Guerra, ni se suprimirán para los gastos civiles las quincenas, ni por último, los dependientes del Ejecutivo se declararán por sí mismos con facultades extraordinarias. Sobradas alarmas nos causan ya las guerras del teatro, donde tememos que un tenor sea robado por un periodista y sirva de Elena en una nueva Iliada. Bastante miedo nos da la

guerra de los monos desde que entre éstos aparece Caton filiado como trompeta. Y ¿no turban tambien nuestra tranquilidad esas Amazonas católicas que con sus uñas amagan nada ménos que al rey de Italia? Dulce paz oye mis votos....

Así clamaba yo cuando se presentó á visitarme un amigo juarista; nunca ha sido ministro, y ahora tiene presentimientos; ha pasado su vida en todo lo que es pecaminoso; pero su único defecto imperdonable es ser fiel á su partido; no sabe uno cómo libertarse de esa adhesión que agobia. Ya sabes que hemos dado un golpecillo de Estado al ayuntamiento lerdista, me dijo mirándome de hito en hito, y añadió: tu partido sacará de esto algun provecho.

Nigromante.—Yo te puedo señalar las personas que van á aprovecharse de ese atentado; ellos componen el directorio juarista. Esas personas, en pocos días, han atacado la guardia nacional, la libertad del sufragio, las garantías individuales, la necesidad de un presupuesto, su deber como diputados.... se han hecho indignos de su reelección. Para asegurarles ésta, el gobierno, á quien han servido de rodillas, ultraja las instituciones municipales y manda calar sus bayonetas. La sangre correrá, porque hombres desacreditados quieren que la urna electoral no salga del gobierno del Distrito, que ya ha preparado complacientemente boletas, actas y credenciales.

El juarista.—¿Tu hablas de guerra! ¿La crees posible? La nación desea la paz; la desea el Señor Presidente....

Nigromante.—La desean las viudas pensionistas; la deseo yo.... ¡Pero ay! amigo no te hagas ilusiones; se han extraviado vdes. tanto del sendero constitucional, que necesitan para salvarse y para cogerse algunas cantidades, y para completar las cuentas de Romero, provocar la guerra ó por lo ménos fingirla..... Es verdad que ella puede venir de veras....!

El juarista.—¿Tú estás por la guerra?

Nigromante.—Yo digo lo que tu Presidente: "La ruptura de la paz...."

El juarista.—¡Bien, bien! Pero si fueras juarista, ¿qué aconsejarías á los de tu partido?

Nigromante.—Que se armasen; que diesen el primer golpe á los lerdistas....

El juarista.—El segundo á vdes. los porfiristas....

Nigromante.—Nosotros estamos por la paz.

El juarista.—Tienes razón; apelamos á la guerra.... ¡Qué diablos! oigo la voz de ese candidato para el ministerio de hacienda.... lerdista....

El juarista.—Yo me escondo debajo de la cama.

Nigromante.—Ahí te encontrarás el *Monitor*, para que te diviertas.

Dicho y hecho; el juarista se esconde, y aparece un meloso y circunspecto lerdista: esas almas en pena que se llaman conspiradores, quitan mucho de la media noche.

Lerdista.—¿Qué dice usted del *casus belli* en que nos encontramos?

Nigromante.—Deben ustedes aprovecharlo. Cuando Comonfort holló la Constitución, nosotros no contábamos sino con el *hombre-instituciones*, que á todos nos fraccionaba. Improvisamos un simulacro de Gobierno; luchamos, vencimos. Hoy ustedes cuentan con la Diputación permanente, con el Congreso, con todas las autoridades, que se apresurarán á obedecer la ley que debe declarar traidor al Ejecutivo. ¡Cuántos elementos para cambiar la situación política que nos mata y nos deshonra!

Lerdista.—La conducta de los porfiristas nos inquieta.

Nigromante.—Nosotros seguiremos la suerte de la Representación nacional; no apoyaremos á los que desgarran la Constitución. Sin embargo, mi amigo, entienda usted, que nosotros estamos por la paz. ¡Paz, hija del cielo, si una mano sacrilega osa ultrajarte, no será porfirista!..... A ustedes, mi amigo, corresponde la iniciativa de las hostilidades; á nosotros, llorar amargamente ante esa necesidad..... Pero..... si..... no hay duda..... va á entrar un fronterizo que odia por igual á juaristas y á lerdistas.

Lerdista.—Es ese gznápiro..... ¿dónde me oculto?

Nigromante.—Aquí..... se encontrará usted buena compañía.

Porfirista, entrando.—Ha llegado el momento de levantarse.....

Nigromante.—Amigo! todavía es muy temprano.....

Porfirista.—Los enemigos van á luchar..... ¿serémos nosotros simples espectadores?

Nigromante.—De dingun modo; bueno es armarse para no recibir un trancaso impunemente..... pero yo confio en que no verémos turbada la paz..... No en vano ha circulado Pepe sus apuntamientos sobre derecho constitucional; los ánimos exaltados leerán y se apaciguarán. Ya verá usted cómo Pepe, ó repone mañana al Ayuntamiento ó deja el Ministerio. Pepe tiene mucho que perder; su reputacion..... su alma.....

Porfirista.—¡Su alma! Me parece que ese Pepe de usted es como aquel devoto monarca que decia:

Sólo la salud del cuerpo
Yo pido á la Virgen Santa;
Fuera importunarla mucho
Pedirle tambien por la alma.

Nigromante.—No se impaciente vd., Pepe es hombre de plazos; en sus negocios no se decide sino hasta que agota todas las prórogas ordinarias y extraordinarias. Yo le prometo á usted, que despues que pasen las elecciones, Pepe sacrificará á la paz..... al empleado que haya puesto en limpio la órden de destitucion.....

Porfirista.—Si la guerra se enciende, ¿qué debemos hacer?

Nigromante.—Apagarla.

Porfirista.—Voy á poner á la vista de usted nuestros recursos..... por si se ofrece.

Nigromante.—Sí, sí, ya sé, contamos con la opinion; el pueblo es nuestro.

Porfirista.—El pueblo necesita armas, y las tendrémos..... oiga usted.

Nigromante, haciendo señas significativas.—Nuestras armas son las leyes.

Porfirista.—No entiendo de señas..... me habla usted de un modo! Contarémos.....

Nigromante, señalando la parte inferior de la cama.—Contarémos con la justicia de nuestra causa.....

Porfirista, viendo debajo de la cama.—Traicion! No están aquí, fulano..... y sutano?

Esta liga con usted me parece peor que la liga lerdo-porfirista..... Cómo! duermen?

Entónces el porfirista sacó de un pié á los dos personajes, que con el roce se rebulleron y se sentaron. Los pícaros se encontraron una botella de tequila, con cuyo licor me iba á dar una friega, y no pudiendo resistir á sus instintos de convivialidad, amigablemente y en silencio se embriagaron. Cuando yo temia que el verdadero *casus belli*, el práctico *casus belli* iba á comenzar por aquellas regiones! En presencia de ese espectáculo, mi amigo el porfirista no pudo contener la risa; y yo me dije para mis adentros: “Estos bribones son capaces de pegarnos un chasco, terminando sus disturbios en el Tívoli.”

Vale más así. D. Benito puede romper las instituciones á su antojo; pero no conseguirá la ruptura de la paz. Vean ustedes! El porfirista no más se rie; los lerdistas y juaristas, en cualquier punto beben juntos. Y todos tenemos razon; piérande las instituciones, pero sálvese la paz.

Fecunda paz! Tú inspirarás al Gobierno nuevos recursos, no para pagar la lista civil, sino para cubrir los gastos extraordinarios y secretos. Paz! Paz!

Junio 15 de 1871.

EL EJÉRCITO REELECCIONISTA

PAYNO Y EL NIGROMANTE.

PAYNO.—Ya habrás visto, Nigromante, la feliz y sencilla solución que, en mi artículo de ayer, he dado á las cuestiones electorales.

Nigromante.—Eres un hombre fecundo en soluciones. Aprovecharé la oportunidad para que me ilumines sobre algunas dificultades que impiden á mi escasa inteligencia entregarse á tu opinión, en lo relativo á la ingerencia ilegal que tú justificas, del ejército en las elecciones. Hablarémos, con este motivo un poco sobre la guerra, supuesto que tú y yo entendemos tanto de esto como el Ministro del ramo.

Payno.—Lo ha manejado bien, porque á los cocineros se les conoce con la sartén en la mano.

El Nigromante.—Lo mismo se conoce de ese modo, á los buenos y á los malos cocineros. Véamos el tuyo en su cocina.

Payno.—Comienza por recordar que Mejía, cuando se restableció el Gobierno legítimo, se encontró con un ejército completo, compuesto de soldados beneméritos á quienes no podía sin ingratitud, poner en la calle.

El Nigromante.—¡Y de puro agradecimiento los encerró en un cuartel! Permíteme que rectifique los hechos. Existia,

cuando la ocupacion de México, un ejército organizado, es verdad; pero ese ejército se componia de voluntarios, organizados por las autoridades civiles y militares de los Estados; los soldados, los oficiales, las armas, las municiones y el botín de guerra, todo pertenecia á los Estados vencedores. El Gobierno general, en su fuga, habia perdido soldados, armas, generales, banderas, todo, hasta el honor, sin haberse salvado en cambio más que D. Benito. Sin la traicion de unos jefes y sin la debilidad de otros, los nacionales vencedores hubieran regresado á sus lugares, no quedando á los héroes de Paso del Norte, más que algunas fuerzas de policía y doscientas ó trescientas cajas de vino. Así es que el Gobierno fué ingrato é ilegal convirtiendo á los nacionales en permanentes.

Payno.—Me alegro de esa observacion que acabas de hacer, porque con ella se puede contestar á un cargo que se hace á Juárez, por no haber ocupado á muchos jefes y oficiales; ¡como eran cívicos les dió las gracias y les dejó entregados á su propia gloria!

El Nigromante.—Despidió precisamente á los jefes y oficiales más dignos y ameritados, para cubrir sus puestos con advenedizos, huérfanos muchos de éstos del imperio. Entónces, pues, pudo el Gobierno suprimir el ejército, ó bien organizar sus fuerzas con los voluntarios de la segunda independencia, con los cuales hubiera logrado defensores pocos, pero seguros, y no se veria en la necesidad de tenerlos encerrados como presos, sin más ejercicios gimnásticos que los bancos de palos.

Payno.—Si proceder de ese modo fué un error, ya no tiene remedio. Tú eres más práctico que Prieto, y por lo mismo comprenderás fácilmente cómo y por qué en todas nuestras combinaciones debemos partir de los hechos consumados. El ejército existe porque existe, como existe el clero, como existen los lerdistas, como existen vdes. los porfiristas, como existe todo el mundo. Naturalmente los jefes y oficiales de ese ejército votarán por D. Benito á quien sirven, los soldados votarán por los jefes y oficiales, á quienes temen; y donde hubiere sol-

dados, éstos asegurarán el triunfo de la reeleccion. Si todo esto es natural, inevitable, que vote todo el mundo como pueda, ¿qué importan los trabajos de Mejía para la masa de la Nacion y para la generalidad de los Estados? En ese sistema del gobierno descubro libertad, animacion. . . .

El Nigromante.—¡Admirable libertad! D. Benito impone su reeleccion á Mejía; Mejía á los jefes y oficiales; oficiales y jefes á los soldados; y los soldados al pueblo.

Payno.—En materia de ejército y de elecciones me pareces más utopista que Prieto.

El Nigromante.—No he tenido tiempo para practicar con Pepe Castillo mi derecho constitucional; estoy por todas las vejezes de nuestras instituciones, guardia nacional, libertad electoral, independencia de los Estados! . . .

Payno.—Te falta tambien un curso de historia; voy á darte gratis una pequeña leccion. En la República Mexicana todo el mundo es tapatío; recuerda lo que tengo dicho: *no hay quien deteste tan cordialmente á un jalisciense como otro jalisciense*. En todas nuestras poblaciones, con tropa ó sin ella, siempre ha de haber contiendas y motines. Mientras los yankees vienen á arreglarnos, ¿no te parece bien que cada elector se presente en su casilla conducido en cuerpo de patrulla?

El Nigromante.—Me encanta la claridad con que formulas tus ideas. Segun ese sistema muy natural me parece que Pepe apruebe la suspension del Ayuntamiento mientras se hacen las elecciones; nuestro pueblo es naturalmente turbulento y revolucionario. ¡Habilitense para abrir las urnas sólo los verdaderos cuarteles.

Payno.—En este caso, Pepe se funda en leyes coloniales y centrales que otra ley anterior á la Constitucion declaró vigentes contra la misma Constitucion.

El Nigromante.—Y por lo mismo esas leyes están vigentes bajo la palabra de honor de Pepe. Y eso de que un oficial arreste á las autoridades superiores de un Estado soberano é independiente, ¿no te parece buen preliminar para la práctica de tu sistema electoral?

Payno.—Ese gobernador estaba borracho; así lo han dicho todos los periódicos oficiales y oficiosos.

El Nigromante.—El jefe del oficial responsable del atentado, dice que el borracho fué su subalterno.

Payno.—Pero hombre, ¿para qué es entrar en cuestiones pueriles? ¿no vez que todo el pueblo se compone de borrachos? Pero, hemos dejado á Mejía con la sartén en la mano. . . Poco importa el origen, ni la necesidad del ejército; éste aparece muy bien organizado.

El Nigromante.—Llevamos en seis años seis revoluciones; todas ellas han comenzado por los soldados permanentes. Si por lo ménos éstos residieran en donde quieren nuestras instituciones! Nos evitarían los cuantiosos é insuficientes auxilios á ciertos gobernadores para la guerra con los bárbaros; no hubiéramos lamentado el saqueo de Guaymas; los guatemaltecos no se burlarían de nosotros, y Lozada no insultaría impunemente. . . .

Payno.—Esta cuestion de Lozada no viene al caso.

El Nigromante.—Un jefe subalterno no hubiera ultrajado á la Legislatura de la Baja California; Patoni no dejaría anidados sus amores en un ramo de ciprés; González Ortega no nos causaría alarma con su extraña conducta, y Corona no dotaría á Jalisco con Gómez Cuervo y con Vallarta. En este momento la mitad del ejército está contra la otra mitad, y Mejía tiene media sartén en la mano.

Payno.—Y bien, ¿adónde han de ir las tropas? La ley electoral no permite retirar, por ejemplo, las de Morelia.

El Nigromante.—El gobierno sabe muy bien que se le impide el movimiento de tropas para que no las reparta como agentes electorales; cuando ellas son un motivo de alarma y de discordia, ¿quién le tendría á mal que las retirase á otros puntos? ¿No puede cambiarles jefes? ¿no puede disolverlas? ¿no puede situarlas en campamentos militares? La verdad es que el ejército permanente en tiempo de paz no puede residir en territorio que pertenezca á ningun Estado.

Payno.—Se concentrarán en la capital de la República?

El Nigromante.—Ni en la capital, porque los del Distrito debemos gozar la misma soberanía é independencia que cualquier Estado. Solo nos diferenciamos de éstos en que por ahora nuestra Legislatura es el mismo Congreso de la Union.

Payno.—¿Entonces, tú quieres que el ejército resida en el mar ó en el aire?

El Nigromante.—Nó, Manuelito, yo no pretendo tal disparate. Quiero lo que quiere la Constitucion, y es que se señalen castillos, fortalezas, almacenes, campamentos, cuarteles ó depósitos, fuera de las poblaciones, para que esos lugares pertenezcan al Gobierno general; para que en esos lugares existan las comandancias fijas, y para que de esos lugares no se separen las tropas sino transitoriamente y para asuntos del servicio. Entonces tu ministro no convertiría en cucharón su sartén.

Payno.—¿Dónde colocar esos puntos militares?

El Nigromante.—En la frontera de Chihuahua y de Sonora pueden colocarse cinco; en Yucatan uno y en Chiapas otro, apoyados por una fuerza que resida en Tehuantepec; por algun tiempo necesita tres colonias militares la sierra de Tepic. . . .

Payno.—Deja en paz á Lozada, lleva tus fuerzas á otro punto.

El Nigromante.—El comercio del mundo y el engrandecimiento de México nos reclaman que dejemos cuanto ántes mejorado y expedito el camino de Acapulco.

Payno.—¿Y la Ciudadela?

El Nigromante.—¿Bárbaro! ¿quieres volar con tu familia, como los pobrecitos de Chalchicomula? Dime por despedida. Para probar que el Gobierno no se mezcla en las elecciones, me pintas á Romero ensuciando papel, y á Mejía con la sartén en la mano y á Balcárcel comiendo lo que el otro guisa; ¡bien! ¿pero Mariscal, Pepe y D. Benito?

Payno.—Permíteme que yo te haga una pregunta, y es la que te hizo mi compañero Esteva: si fueras ministro y abusa

ras de la fuerza para falsificar las elecciones, ¿te gustaria la revolucion?

El Nigromante.—En ese caso, no, hijo; pero la revolucion seria justa. Otra preguntita, y no más. En confianza. Tú que ves más claro y más léjos que yo, y no tienes el romanticismo financiero de algunos amigos; y que por tu talento y por tus antecedentes pudieras noblemente figurar como neutral; y que para escribir te has cercado de los primeros entre nuestros jóvenes ilustrados; y que conoces los secretos de esa administracion. . . .

Payno.—Por eso! . . . yo no sé adónde van los demas, y ya te he dicho, me agrada ver claro.

Junio de 1871.

LA CHARLATANERÍA POLÍTICA

GONZALO A. Esteva.—¿En qué se ocupa vd., Sr. Nigromante, por estos corredores de nuestro Palacio Nacional?

El Nigromante.—En esperar á vd., Sr. D. Gonzalo, para que estudiemos juntos la segunda parte, que no dudo escribirá vd., sobre la charlatanería política. ¡Se acerca el Sr. Caton! Sírvase vd. decirnos al paso, Sr. Caton, está vd. por la paz ó por la guerra?

Caton.—Estoy por la paz á toda costa.

El Nigromante.—¿Qué quiere decir eso de á toda costa?

Caton.—Aun cuando sea necesario para conseguir la paz el sacrificio de las instituciones patrias.

El Nigromante.—No hace mucho tiempo opinaba vd. por la guerra. . . .

Caton.—Puede ser! Pero desde que Tancredo publica *La Paz*, Tancredo está por la paz, y Caton no puede estar por la guerra. Adios señores.

Gonzalo Esteva.—Esta es una pobre viuda. ¿Ya le dieron á vd. su quincena, señora?

Viuda.—Por lo ménos llevo algunas esperanzas. . . . para de aquí á dos meses.